

POBLACION Y SALUD

José L. Vázquez Calzada*

La salud es el determinante de la probabilidad de sobrevivencia del hombre y por ello ha sido el valor prioritario en toda su existencia. Hace unos 2,500 años, Heráclito escribió: "Cuando falta la salud, la sabiduría no puede revelarse, la cultura no puede manifestarse, la fuerza no puede luchar, la riqueza carece de utilidad y la inteligencia tiene las manos atadas." El refrán popular, "salud, dinero y amor" recoge claramente el lugar prioritario de la salud en nuestro esquema de valores.

La Organización Mundial de la Salud ha reconocido que la salud es un estado de bienestar físico, mental y social completo, y no meramente la ausencia de enfermedad. Aunque este estado de bienestar óptimo probablemente sea de naturaleza asintótica; esto es, que uno puede ir aproximándose a él sin jamás alcanzarlo, lo cierto es que no puede haber salud o bienestar si se vive con hambre, si no se tiene una vivienda adecuada, si no hay fuentes de ingreso decorosas, o cuando se vive acorralado por presiones económicas y sociales. No puede haber salud, tampoco, en una sociedad donde el hombre vive en constante temor por la seguridad de su vida.

No hay duda de que el bienestar y la salud de la población es la meta de todo nuestro quehacer. El gobierno, la economía, la fábrica, la educación, la recreación, etc., son sólo medios para lograrla. Es evidente, por lo tanto, que el nivel de salud de una sociedad habrá de depender grandemente del nivel de desarrollo económico y social de esa sociedad. Pero también es cierto que los fenómenos poblacionales condicionan el desarrollo, y el que se puedan alcanzar niveles de salud adecuados.

Esta interrelación entre población y desarrollo no puede perderse de vista, pues es en un estado de equilibrio dinámico entre estas dos variables que una sociedad puede ir aproximándose progresivamente a un estado óptimo

*Catedrático, Escuela de Salud Pública, Recinto de Ciencias Médicas, Universidad de Puerto Rico.

de salud y bienestar. Tan equivocados están los que creen que el desarrollo y la salud puede lograrse independientemente de las tendencias de las variables demográficas como los que piensan que el rápido crecimiento de la población es el mayor, o el único obstáculo al desarrollo en las sociedades más atrasadas. Esta es la bien conocida controversia entre los llamados neomathusianos y los pronatalistas. El vertiginoso aumento de la población durante el Siglo XX ha sido una gran preocupación para muchos demógrafos, economistas y otros científicos sociales, como también para algunos políticos. Durante este siglo, la población del mundo aumentó de 1,600 millones a casi 5,000 millones, duplicándose entre 1950 y 1985.

Este incremento de la población mundial ha sido el producto de una rápida reducción en los niveles de la mortalidad en los países más atrasados desde el punto de vista económico. La reducción drástica en la mortalidad en estos países ha sido posible gracias a la adopción de medidas sanitarias de bajo costo, desarrolladas en los países más adelantados. Contrario a lo ocurrido en los países más desarrollados, este descenso no respondió a cambios sociales y económicos, sino a lo que ha llamado el demógrafo francés, Alfredo Sauvy, injertos de culturas. Además, el aumento en el ritmo de crecimiento poblacional registrado en los países más atrasados es más notable que el observado en el Siglo XIX en los países más adelantados. Las circunstancias son también diferentes. En el Siglo XIX, Europa tuvo una América donde vaciar gran parte del excedente demográfico. Los países menos desarrollados de hoy día no pueden ir más allá de sus fronteras.

Esta explosión demográfica del Siglo XX tiene serias implicaciones para la humanidad. En primer lugar, existe un problema de aritmética elemental. En un mundo finito, la población no puede crecer a un ritmo tan elevado indefinidamente, y en algún momento ese crecimiento tendrá que detenerse. Esto ocurrirá cuando la natalidad y la mortalidad estén en balance y desde una perspectiva actual, o se reduce la natalidad o sube la mortalidad. Si el hombre inteligentemente, no controla su fecundidad, la naturaleza impondrá su fuerza a través de la mortalidad. Porque en un mundo finito no existen otras alternativas.

En segundo lugar, el precipitado aumento de la población tiene efectos funestos sobre el ecosistema. El aumento de la población, aún manteniendo inalterado los modos de producción de bienes y servicios conlleva, entre otras cosas, más fábricas, más viviendas, más ciudades, más automóviles y más carreteras. Y como colorario, más

deforestación, más erosión de los terrenos, menos caudal en los ríos y un progresivo envenenamiento de nuestra biósfera. Si a esto se le añade el hecho de que los países subdesarrollados tratan de copiar los modelos económicos de los más desarrollados, incluyendo su consumismo y su desperdicio de recursos no renovables, entonces el problema de serias alteraciones a nuestro ecosistema se agrava.

La posición de algunos pronatalistas de que el argumento sobre las amenazas al ecosistema son sólo una excusa de los países explotadores que no desean que los demás se desarrollen para poder continuar con su explotación, es una verdad a medias. Es evidente que el desarrollo económico y social de los países menos desarrollados representan una amenaza para la opulencia y el consumismo de los más desarrollados. La materia prima y los productos que los países ricos obtienen de los países pobres a precios irrisorios y que utilizan para alimentar las extravagancias de sus habitantes, se reducirían considerablemente. Un ejemplo de lo que podría ocurrir en estos casos lo tuvimos cuando los países productores de petróleo trataron de cobrar lo justo por su producto. Aunque esto es cierto, no menos cierto es el hecho de que aumentos drásticos en la población constituyen una seria amenaza para el ambiente y para la salud de la población.

El desarrollo de los países más atrasados es posible sin tener que hacer daños irreparables al ambiente si se reduce el ritmo de crecimiento de la población. Bajo estas condiciones, el desarrollo no sólo es posible, sino que es más viable. En términos de inversiones sociales (educación, salud, vivienda, medios de transportación, etc.) no es lo mismo un país cuya población crece a razón de tres por ciento por año que uno cuya tasa es de sólo uno por ciento. Estas inversiones que hay que utilizar tan solo para mantener las condiciones de vida en "status quo" podrían desviarse hacia programas para el desarrollo si el ritmo de crecimiento de la población se redujera.

A mi entender, Puerto Rico es un vívido ejemplo de un país sumamente atrasado que cometió el error de querer impulsar un crecimiento económico capaz de sobrepasar el crecimiento poblacional sin darle la debida consideración a la cuestión demográfica. Para ello ha tenido que hacer grandes sacrificios políticos, económicos y sociales. Como resultado, ha tenido que permitir que el ambiente en que vivirán las generaciones futuras sea el triste legado de unas nefastas chimeneas que a cambio de unos pocos empleos envenenaron nuestro aire, nuestro

suelo, nuestros ríos y nuestros acuíferos subterráneos. Y tal vez, sin quererlo, hemos tenido que ceder a manos de absentistas los pocos medios de producción, y convertirnos en un pueblo de dependencia.

Los opositores al control de la población a través de la planificación familiar, esgrimen argumentos muy diversos. La mayor objeción de la Iglesia Católica, por ejemplo, es en cuanto a los métodos anticonceptivos a utilizarse. Otros grupos están reaccionando al poco tacto y a la imposición que ha demostrado los Estados Unidos para tratar de impulsar el control poblacional en los países menos desarrollados. En Puerto Rico, la actuación de algunos grupos y de algunos intelectuales resulta decepcionante y un tanto irresponsable. Tengo que decirlo así, porque mientras condenan los programas de planificación familiar que van dirigidos a la población, ellos han logrado limitar su prole utilizando los métodos que condenan. Cuando uno los confronta con los hechos, las explicaciones son aún más decepcionantes. Muchos alegan que ellos lo han hecho así porque saben por qué y para qué se debe limitar la prole, mientras que los programas para los pobres son una imposición del gobierno que sólo responde a motivaciones políticas. Es como decir, que como ellos tienen el conocimiento, pueden disfrutar del privilegio de tener pocos hijos, mientras los ignorantes deben tener muchos. ¡Que razonamiento más cruel!

Para mí no existe duda alguna de que la limitación de los hijos en un país como Puerto Rico es una necesidad para el bienestar y la salud de la población. En nuestra sociedad una familia numerosa se enfrenta a serios problemas económicos y sociales que pueden tener serias consecuencias para el bienestar, tanto de los padres como de los hijos. Y desde el punto de vista puramente físico, la multiparidad representa grandes riesgos para la salud de la madre y del infante. Estos son hechos comprobados científicamente.

Desde el punto de vista comunal, una alta natalidad representa una población extremadamente joven que requiere de inversiones elevadas en las áreas de la salud, de la educación, de la vivienda, etc. En estas comunidades de por sí pobres, este tipo de estructura demográfica limita las inversiones que se necesitan para elevar las condiciones de vida de la población en general. Sin embargo, los opositores al control poblacional alegan

que el envejecimiento de la población como consecuencia del descenso en la natalidad, es un mal mayor, ya que una sociedad de viejos es menos saludable, menos productiva y más conservadora. No conocemos ningún país donde la natalidad se haya mantenido por debajo de la mortalidad por un período prolongado de tiempo como para poder aceptar o rechazar esta conjetura. Si sabemos que Suecia, con una estructura de edad de las más viejas del mundo es uno de los países más desarrollados, y sus niveles de salud son también de los más elevados del mundo.

Los que en Puerto Rico se preocupan por la posibilidad de que la pirámide poblacional se asemeje a la de Suecia o a la de otros países donde la natalidad y la mortalidad han estado por algún tiempo más o menos balanceadas, no tienen motivos para preocuparse por largo tiempo. Para que esta situación pueda darse en la Isla habría que esperar muchos años. Al presente, la mujer puertorriqueña procrea, en promedio, 2.8 hijos al completar su ciclo reproductivo. Para que una población alcance un nivel estacionario (natalidad y mortalidad en balance) el promedio debe ser de aproximadamente 2.0 hijos, de tal manera que los dos hijos reemplacen a sus padres. Pero ese promedio de dos hijos es muy difícil de alcanzar si examinamos lo que ese promedio significa. Por debajo de dos hijos, los únicos valores posibles son un hijo o ningún hijo. Pero por encima, puede ocurrir cualquier valor mayor de dos. Para que se produzca un promedio de dos, las mujeres con tres o más hijos tienen que ser contrabalanceadas por las que tienen 0 ó 1 hijo. Pero prácticamente todas las parejas quieren tener hijos y muy pocas se conforman con uno.

Los que se oponen al control de la fecundidad en Puerto Rico, aduciendo que el problema en nuestro país es un problema exclusivo de estrategias de desarrollo equivocado, solazan la cuestión migratoria y el efecto que ésta ha tenido sobre el crecimiento poblacional. Como sabemos, en los Estados Unidos residen en la actualidad más de dos millones de puertorriqueños (emigrantes e hijos de emigrantes nacidos en ese país). De no haber sido por ese movimiento poblacional, hoy día habrían en Puerto Rico más de cinco millones de habitantes. Y si la natalidad se hubiese mantenido como en los niveles de 1940 la población de Puerto Rico estaría actualmente cerca de los 7 millones de habitantes. ¿Cómo serían las condiciones de vida en Puerto Rico con ese número de habitantes aún con las más ingeniosas estrategias de desarrollo?

Para mí no cabe duda alguna de que el control de la población en Puerto Rico era, y es, una necesidad para el logro de un desarrollo más racional, equilibrado y duradero, y por ende, para el logro de un mayor bienestar para la población.

Además de aceptar que la planificación familiar es uno de los medios para propiciar el mayor grado de bienestar para nuestra sociedad, creo en ella porque la considero un derecho humano. Toda pareja tiene ese derecho. Este no puede ser un privilegio exclusivo de las clases más acomodadas.

Así como creo firmemente en el control de la población, rechazo la tesis de que el crecimiento de la población es el mayor obstáculo para el desarrollo de los países más atrasados desde el punto de vista social y económico. La experiencia de las últimas décadas demuestra que en muchos países donde se ha logrado reducir la natalidad de forma significativa, las condiciones de vida no han mejorado, y en algunos hasta han empeorado. La reducción del ritmo de crecimiento poblacional podría ser una condición necesaria en algunos casos, pero obviamente, no es suficiente. La desgraciada frase del Presidente Johnson de que cinco dólares invertidos en planificación familiar eran más efectivos que cien dedicados a programas de desarrollo, es un absurdo. El desarrollo concebido para mejorar el bienestar y la salud de una sociedad, requiere en muchos casos de cambios radicales en las estructuras políticas, sociales y económicas. En muchos países subdesarrollados, incluyendo a Puerto Rico, este probablemente sea hoy día, el mayor obstáculo al desarrollo. La cuestión demográfica no puede seguir siendo el chivo espiatorio del subdesarrollo.

Si bien es cierto que la salud y el bienestar de la población dependen grandemente del desarrollo social y económico de la comunidad, no menos cierto es el hecho de que la salud es una de las palancas del desarrollo. No puede haber desarrollo en una sociedad enferma. La salud es un requisito para el desarrollo, pero es a su vez algo concomitante a él. Como bien ha señalado, Halfdan Mahler, Director de la Organización Mundial de la Salud, "la energía humana es el combustible que anima el desarrollo, la fuente, no tan sólo del trabajo físico o de cualquier otra actividad económica, sino también de la esperanza del futuro, la consciencia social y la capacidad para absorber y aplicar nuevos conocimientos, todos ellos esenciales para el progreso."